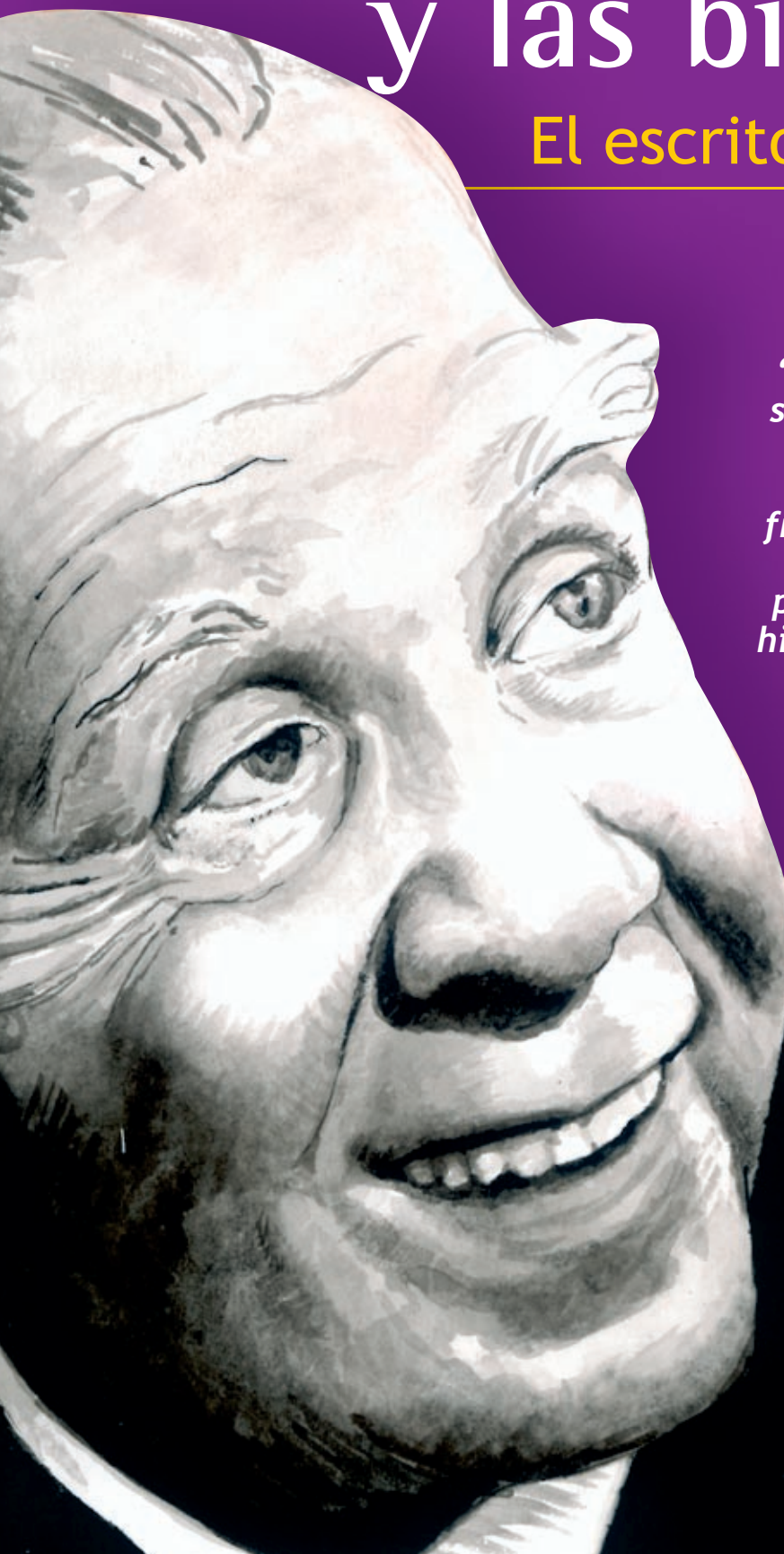


Borges

y las bibliotecas

El escritor en su laberinto

por Ángel Esteban



“Uno no es por lo que escribe, sino por lo que ha leído”. Esta frase, de Borges, bien podría consolar a más de un escritor frustrado, si es un buen lector.

Cuando el genio argentino pronunció esa sentencia, no lo hizo por falsa humildad (virtud verdadera de la que carecía por completo), sino por un profundo convencimiento: el que lee, crece; el que lee, vive mejores vidas que el que vive. Suya es también otra frase: “Yo no bebo, no fumo, no escucho la radio, no me drogo, como poco. Yo diría que mis únicos vicios son El Quijote, La divina comedia y no incurrir en la lectura de Enrique Larreta ni de Benavente.”

Jorge Luis Borges siempre imaginó el Paraíso como una biblioteca. Paraíso fue su infancia, en la biblioteca de la casa paterna, estupenda, llena de los primeros tesoros que alimentaron sus primeros años. “La biblioteca de mi padre —reconoció un año antes de morir— ha sido el acontecimiento capital de mi vida. Ahí, por obra de la voz de mi padre, me fue revelada esa cosa misteriosa, la poesía; ahí me fueron revelados los mapas, las ilustraciones, más preciosas entonces para mí que las letras de molde.”¹ Una habitación grande, de techos altos, con estanterías protegidas por libros, donde reposaban varios miles de volúmenes. Desde los tres años ya leía en inglés, y poco más tarde en español. En ese espacio de ficción conoció a Grimm, a Lewis Carroll, al Mark Twain de *Huckleberry Finn*, a Wells, al Stevenson de *La isla del tesoro*, Poe, Dickens. A los ocho años cae en sus manos una traducción inglesa de *El Quijote*, que devora en pocos días. Y lo mismo *Las mil y una noches*, virtualmente infinitas, libro peligroso, que lee a escondidas en la azotea, porque le estaba prohibido. En ese gabinete mágico en el que hay muchos espíritus hechizados, que despiertan cuando abrimos un libro, el pequeño Georgie empieza también a escribir a los seis años. Poco más tarde publica una de sus traducciones, la de *The Happy Prince*, de Oscar Wilde, con nueve años, en un diario de Buenos Aires. Muchos colegas de su padre lo felicitan por el magnífico trabajo, y él tiene que aclararles que es su hijo quien ha puesto en español la obra del irlandés. Escribe también un manual de mitología griega en inglés, un cuento al estilo de Cervantes, “La visera fatal”, y una obra de teatro: *Bernardo del Carpio*.

Desde ese momento, su vida estará ligada a las bibliotecas, memorias de la humanidad. Años más tarde llegó a afirmar en multitud de ocasiones que en realidad nunca había salido de ese lugar irrepetible. Por ejemplo, en una entrevista con Osvaldo Ferrari, aclara que, en su poema “Lectores”, se asimila más a Alonso Quijano que a Cervantes, aunque con alguna diferencia notable, pues “Alonso Quijano tomó la decisión de ser Don Quijote, y salió de su biblioteca. En cambio, yo soy un tímido Alonso Quijano que no ha salido de su biblioteca”².

Sus empleos como bibliotecario corroboran esa obsesión. En 1937 es nombrado auxiliar segundo en la Biblioteca Miguel Cané, un anexo de la Biblioteca Municipal de Buenos Aires, ubicada en el barrio de Almagro. Después será ascendido

a auxiliar primero, con un leve aumento de sueldo. Su estancia allí tiene un sabor agríndice, ya que el retrato robot que se había hecho del trabajo y de los bibliotecarios se esfuma el primer día. Nada más llegar, clasifica en una sola jornada más de ochenta libros. Eso se supo en la Miguel Cané y al día siguiente se le acercó un colega para decirle que su actitud constituía una falta de compañerismo, pues allí había cincuenta bibliotecarios y no había trabajo para todos, por lo que el proceso de clasificación debía ser lento. A lo sumo, cuarenta al día. Por ello, cada mañana necesitaba, al igual que todos los demás, menos de una hora para completar



la labor diaria. Después, los contertulios se dedicaban a hablar de fútbol o de mujeres, y Borges no estaba dispuesto a perder el tiempo, por lo que adquirió el hábito de leer todo lo que encontraba en los estantes y no conocía. Además, no deseaba la compañía de personas tan incultas, para quienes los libros sólo eran el material vasto a través del cual se ganaban el salario mensual. El escritor ya era famoso en toda Argentina excepto en aquel laberinto de mediocridades. En una ocasión, un colega le señaló en la Enciclopedia Espasa-Calpe el nombre de un tal Jorge Luis Borges. No salía de su asombro al comprobar la coincidencia de nombres y fechas con el que estaba a su lado.

Más adelante se venga de todos ellos al describir en “El Aleph” el trabajo de Carlos Argentino Daneri: “Ejerce no sé qué cargo subalterno en una biblioteca ilegible de los arrabales del Sur: es autoritario pero también es ineficaz”³.

Fueron casi diez años de ciertas amarguras personales, pero también de muchas y refrescantes lecturas, como *La divina comedia*, los seis tomos de *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbons, los innumerables volúmenes de la *Historia de la República Argentina* de Vicente

infinita, que abarca el universo y se confunde con el universo, era para mí esa pequeña y casi secreta biblioteca de Almagro.”⁵ Todavía se conserva hoy en ese lugar el sillón y el pupitre que utilizó Borges aquellos años, expuestos en una pequeña habitación, como homenaje al que pasó desapercibido mientras era un simple auxiliar.

En 1955, recién iniciado el nuevo gobierno, tras la dimisión del inefable Perón el 31 de agosto de ese año, Borges es nombrado, para su sorpresa, Director de la Biblioteca Nacional. Fueron dos mujeres, Victoria Ocampo y

Borges, nadando entre libros, fue feliz a diario cuando se perdía por los estantes tocando y oliendo esas vidas y esos sueños inmortalizados en papeles y palabras.

Fidel López, las obras completas de Kafka, Paul Groussac, León Bloy, Bernard Shaw, Paul Claudel, etc., tanto en su despacho como en las dos horas que utilizaba el transporte público para ir al trabajo. En la Miguel Cané también escribió algunos de sus mejores cuentos, como “La lotería de Babilonia”, “La muerte y la brújula”, “Las ruinas circulares” o “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, y recuerda esos momentos como los mejores de aquella época: “Tenía que ir allí todos los días y trabajar seis horas, y luego, algunas veces, me veía con amigos, íbamos a ver un filme, comía con alguien; pero todo el tiempo sentía que eso era irreal. Lo que realmente estaba cerca de mí era el cuento que estaba escribiendo. Es la única vez en mi vida que he tenido ese sentimiento; por eso, esa historia significa algo para mí.”⁴ Esa sensación es tan cierta, que incluso uno de los cuentos que escribió se identifica con la Miguel Cané: “Cuando escribí *La biblioteca de Babel*, yo estaba empleado en esa biblioteca, y pensé que esa biblioteca

Esther Zemborain, las que propusieron el nombre al recién estrenado Ministro de Cultura. El primer día, abrumado por la magnitud del cargo, su madre lo acompañó al trabajo. **Casi un millón de volúmenes significaban dos cosas muy diferentes: mucho trabajo administrativo y un tesoro incalculable.** La primera realidad, que podía haber constituido un serio problema para un poeta ciego que, cual Homero o Milton, nada sabía de burocracias, se saldó fácilmente: el subdirector de la institución, José Edmundo Clemente, no sólo aceptó de buena gana la ardua tarea, pues era un gran admirador de la obra del maestro, sino que además se encargó de dirigir la publicación de las obras completas de su “Director”. Sin embargo, ciertas funciones anejas a su cargo fueron perfectamente cumplidas, porque el poeta disfrutaba con las relaciones humanas de alto nivel intelectual, las delegaciones extranjeras que llegaban a visitar las instalaciones, el estudio de los clásicos anglosajones que estaba emprendiendo allí mismo, etc.

En cuanto al segundo aspecto, huelga decir que Borges, nadando entre libros, fue feliz a diario cuando se perdía por los estantes tocando y oliendo esas vidas y esos sueños inmortalizados en papeles y palabras. No los veía, pero estaban a su entera disposición. Ironías de la vida. Dos argentinos famosos también padecieron circunstancias similares ocupando ese puesto: José Mármol y Paul Groussac. A éste último lo cita, y se compara con él, en su conocido “Poema de los dones” que escribió por aquellas fechas, y que habla de esa contradicción: la abundancia de libros y la incapacidad para leerlos: “Nadie rebaje a lágrima o reproche/ Esta declaración de la maestría/ De Dios, que con magnífica ironía/ Me dio a la vez los libros y la noche./ De esta ciudad de libros hizo dueños/ A unos ojos sin luz, que sólo pueden/ Leer en las bibliotecas de los sueños/ Los insensatos párrafos que ceden/ Las albas a su afán. En vano el día/ Les prodiga sus libros infinitos,/ Arduos como los arduos manuscritos/ Que perecieron en Alejandría./ [...] Yo, que me figuraba el Paraíso/ Bajo la especie de una biblioteca./ Algo, que ciertamente no se nombra/ Con la palabra azar, rige estas cosas;/ Otro ya recibió en otras borrosas/ Tardes los muchos libros y la sombra./ Al errar por las lentas galerías/ Suelo sentir con vago horror sagrado/ Que soy el otro, el muerto, que habrá dado/ Los mismos pasos en los mismos

días./ ¿Cuál de los dos escribe este poema/ de un yo plural y de una sola sombra?/ ¿Qué importa la palabra que me nombra/ si es indiviso y uno el anatema?/ Groussac o Borges, miro este querido/ Mundo que se deforma y que se apaga/ En una pálida ceniza vaga/ Que se parece al sueño y al olvido”⁶.

Tan grato era ese rincón bonaerense que **Borges pensó trasladar su lugar de residencia al interior de la biblioteca. Su madre se lo desaconsejó, por la dificultad de calentar en invierno un local con los techos tan altos.** Sin embargo, allí pasaba la mayor parte del tiempo, y organizaba tertulias, fiestas, etc. Fueron 18 años de felicidad a tientas, que terminaron con la llegada al poder, nuevamente, de Juan Domingo Perón. La renuncia al cargo, optando por la jubilación, no se hizo esperar. Algunos de sus biógrafos comentan que, todavía mucho tiempo después de haber abandonado el puesto, realizaba el recorrido habitual, a la misma hora de la mañana, hasta la puerta de la Biblioteca Nacional. Allí, en lugar de entrar, daba una vuelta a la manzana y se volvía, cabizbajo, a su casa. Algo parecido a la felicidad se había desvanecido para siempre. La biblioteca, acogedora y familiar, cedía el paso al mundo, ancho y ajeno. Como Dalhmann en “El Sur”, Borges empuña con firmeza la vida, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura. ■

Notas

¹ Jorge Luis Borges, “La biblioteca de mi padre”, *El Correo de la Unesco*, XXXVIII (1985) p. 4.

² Osvaldo Ferrari, *Borges en diálogo*, Buenos Aires, Grijalbo, 1985, p. 234.

³ Jorge Luis Borges, “El Aleph”, *El Aleph*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, 22ª impresión, p. 157.

⁴ Ulyses Petit de Murat, *Borges-Buenos Aires*, Edición de la Municipalidad de Buenos Aires, 1980.

⁵ Osvaldo Ferrari, *Borges en diálogo*, Buenos Aires, Grijalbo, 1985, p. 233.

⁶ Jorge Luis Borges, “Poema de los dones”, *El hacedor*, Buenos Aires, EMECÉ, 1960, pp. 53-54.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

ILUSTRACIONES: Corbacho Mérida, Luis E.

TÍTULO: *Borges y las bibliotecas. El escritor en su laberinto.*

RESUMEN: La vida de Jorge Luis Borges siempre estuvo ligada, de un modo u otro, a las bibliotecas. Incluso llegó a afirmar que en realidad nunca había salido de ese lugar irrepetible. Este artículo recorre las experiencias del escritor argentino entre los anaqueles cargados de libros de su paraíso particular, desde los primeros tesoros que descubrió en la biblioteca de su casa paterna hasta su nombramiento como director de la Biblioteca Nacional de Argentina, cargo que ejerció durante dieciocho años.

MATERIAS: Borges, Jorge Luis, Autores Literarios, Lectura.